
ENTREVISTA

El proceso revolucionario —¿comunista?— de Nicaragua

Entrevista a Juan Hernández Pico S. J., Director del CIASCA (Centro de Investigación y Acción Social de Centroamérica), con residencia en Managua. Pregunta J. Gorosquieta.

Pregunta: El CIASCA apoyó desde el primer momento el proceso revolucionario sandinista. ¿Por qué? ¿Cuáles fueron los motivos?

Respuesta: *La situación de los países centroamericanos nos invitó a considerar el proceso revolucionario sandinista como una novedad histórica importante. En primer lugar, nosotros vimos que, cuando fueron guerrilla, aunque tuvieron que recurrir al recurso extremo de la violencia, nunca secuestraron gente, nunca torturaron gente; únicamente en una ocasión hicieron un atentado contra un jefe militar de la guardia de Somoza. Y conocíamos la presencia en el sandinismo de mucha gente de convicción cristiana o de origen cristiano. No podíamos dejar que un movimiento que podía dar origen a un nuevo modelo que uniera las raíces simbólicas de la construcción de la nación, de la libertad nacional, con la tradición de profundos valores cristianos del pueblo nicaragüense, centroamericano, y, en general, latinoamericano, y también con un esfuerzo de darle a la tradición revolucionaria izquierdista marxista una interpretación mucho menos rígida que lo que en el resto del mundo estamos acostumbrados, pasara sin tener nuestra cooperación, de manera que se diera la oportunidad a la Iglesia de ejercitar una función de fermento, de levadura, en un proceso que comenzaba.*

P.: En estos momentos el CIASCA continúa su presencia y apoyo al proceso revolucionario nicaragüense, pero con algunas matizaciones críticas. ¿Por qué estas matizaciones críticas?

R.: *Evidentemente, la necesidad de defenderse contra la agresión norteamericana es un caldo de cultivo para el surgimiento de tendencias más dirigistas, menos participativas. Cuando la defensa sube al pri-*

El proceso revolucionario de Nicaragua

mer plano de la realidad nacional la participación popular descende evidentemente por una necesidad histórica. Esta es una de las razones por las cuales nosotros insistimos continuamente en la permanencia del mayor grado posible de participación popular y criticamos, donde es razonable hacerlo, toda disminución de esta tendencia, tan propia del proceso revolucionario nicaragüense, de contar siempre con la participación del pueblo. Creemos, además, que el acoso en que se ha vivido a consecuencia del boicót económico que los EE.UU. han impuesto a Nicaragua y la dificultad de aplicar recursos económicos al desarrollo social de la población, por el hecho de tener que dedicar más del 50 por ciento del presupuesto nacional a la defensa, impone un pensamiento imaginativo que ejerza el poder que se tiene, poder del movimiento de vanguardia que ganó las elecciones en 1984, pero también poder de las organizaciones populares, para una acción mucho más eficaz en la economía. Creemos que es necesaria hoy una acentuación de la ética de trabajo de producción y un ejemplo mayor todavía, mayor en términos de austeridad compartida. Entonces fundamentalmente en la línea de una mayor participación popular, de un esfuerzo imaginativo mayor sobre las posibilidades de repensar la conducción de la economía y, finalmente, en la línea del mayor debate ideológico posible, hay posibilidades de mejoría en el modelo.

P.: Aquellas elecciones de 1984 ¿fueron realmente libres y pluralistas?

R.: *Mi impresión —yo fui observador de ellas en la ciudad de Managua y visité durante todo el día las juntas en las cuales se depositaban los votos— es que fueron unas elecciones mucho más limpias y honestas que todas aquellas de que yo he sido testigo en otras partes de Centroamérica, en Guatemala, en El Salvador especialmente. Evidentemente, un país que surge de la dictadura, que llevaba únicamente cinco años de proceso revolucionario y que había tenido una tradición de partidos que se habían separado de la gran masa de la población, por su costumbre de pactar con el somocismo, no tiene una cultura de democracia elaborada durante años, una tradición democrática y, en este sentido, hubo defectos, más en la campaña electoral que en la realización de las elecciones. Es evidente también que el partido que está en el gobierno y más sí ha surgido de una revolución armada y tiene un ejército a su favor, tiene ventajas sobre el resto de los competidores. Sin embargo, puedo decir que, de los tres meses de campaña que hubo, el mes y medio último fue de amplia oportunidad por todos los medios de comunicación a los diversos partidos que decidieron participar en las elecciones y que la misma elección, por lo que yo he oído, no solamente por lo que vi en la capital, sino por lo que, además, he oído a muchos*

El proceso revolucionario de Nicaragua

párrocos y a observadores internacionales —hubo más de quinientos observadores internacionales— en el resto del país, puedo decir que el día de las elecciones la policía no intervino para nada, el ejército se hizo conspicuo por su ausencia y la gente acudió a votar y pudo ejercitar su derecho con plena libertad. De modo que, sin querer hacer de las elecciones nicaragüenses un ejemplo insuperable, puedo decir que, a nivel de Centroamérica, fueron elecciones suficientemente honestas y libres dentro de un país que no tiene desarrollada todavía un gran tradición democrática representativa.

P.: En Europa y en los EE.UU. se acusa a los líderes sandinistas y al proceso mismo revolucionario de comunista. ¿Es esto cierto?

R.: *Mira, yo creo que quien habla de los líderes sandinistas y del proceso revolucionario como comunista no tiene mucho conocimiento de lo que existe en Nicaragua, yo diría que son muy escasos los líderes revolucionarios que conocen a fondo el marxismo. No estamos en un país en que estas revoluciones se hacen en base a rigideces ortodoxas. Creo que hay tres componentes fundamentales que ya cité al contestarte la primera pregunta: un componente de historia nacional, que desemboca en un proceso de liberación nacional, comprensible, si se tiene en cuenta que la intervención continua de los EE.UU. en los asuntos de Centroamérica y la manera de considerar a los países Centroamericanos como un patio trasero de su imperio, como una esfera de influencia, en la cual los gobiernos deben mantener una alianza incondicional con las políticas de los EE.UU. El primer componente, pues, de la revolución nicaragüense, mucho más importante que el componente social, incluso, diría yo, es el componente nacionalizador. Se trata de un país que, a pesar de haber sido independiente por muchas décadas, más de 150 años antes de la revolución, sin embargo está por primera vez construyendo su nacionalidad en forma de aspiración a una verdadera soberanía e independencia. El segundo componente son las aspiraciones de justicia basadas en la tradición cristiana de la mayoría del pueblo, y que fueron parte de una pastoral que siguió a la aplicación y traducción del Concilio Vaticano II a través de la reunión de Medellín en América Latina.*

En definitiva yo diría que no hay en Nicaragua en absoluto un proceso actualmente comunista, ni una convicción comunista como tal. Además, los tres principios que han sido insertos en la Constitución, recientemente aprobada, son la economía mixta, el pluralismo político y la no alineación. En términos, por ejemplo de este tercero, la no alineación, te puedo decir que Nicaragua siempre se ha abstenido en los votos de las Naciones Unidas sobre el problema de Afganistán, no votando

El proceso revolucionario de Nicaragua

favorablemente a las propuestas de los EE.UU. Únicamente por la reminiscencia de su pasado antinorteamericano, pero explicando su voto, diciendo que rechaza cualquier intervención de una gran potencia en los asuntos nacionales de otra.

P.: El señor Bolaños presidente de la COSEP (Organización Empresarial Nicaragüense) dijo hace unas semanas en Madrid que lo que existía en Nicaragua era una tremenda estatalización de la economía, que no existía el mínimo necesario de libertad de empresa privada, para que se pudiera hablar de economía mixta real, que era muy excesivo el control estatal de la economía a través del control total del comercio exterior, del control total de los salarios, del control total de la provisión de materias primas, del control total del sistema financiero. ¿Qué opinas de ello?

R.: *Yo creo que en Nicaragua la economía mixta, quiere ser verdaderamente mixta, no quiere ser una juxtaposición de un sector de economía pública con otro sector de economía privada. Creo que realmente hay una intención de cambio estructural en la economía. En este sentido, la economía mixta realmente en Nicaragua significa la permanencia de un espacio amplio para la empresa privada, pero ciertamente bajo una hegemonía que no es la del capital privado, sino, le podríamos llamar como estamos acostumbrados a hablar de Nicaragua, una hegemonía de la lógica de la satisfacción de las necesidades de las grandes mayorías.*

En este sentido el Estado ciertamente tiene esos controles, a los que el Sr. Bolaños se refería, el control del sistema financiero, el control del comercio exterior y un cierto control sobre los salarios. Digo "un cierto control" porque en este momento la crisis de la economía nicaragüense hace configurarse un proceso económico en el cual se puede hablar incluso de una desalarización de la economía.

La gran empresa privada, al revés que en Guatemala o en El Salvador, no ha estado tan concentrada en Nicaragua como en esos países. Hay una participación mucho mayor de productores medianos y pequeños. Entonces, no siempre las opiniones de la empresa privada que el Sr. Bolaños maneja representan al sector global de la empresa privada. Una cosa importante en este sentido es que la imagen de que Somoza prácticamente poseía alrededor del 50 por ciento del país se reveló muy falsa, después de que el inventario de sus propiedades expropiadas se hizo con más calma en los primeros años posrevolucionarios. Prácticamente la expropiación de las propiedades de Somoza, tanto agroindustriales como industriales urbanas, llegaron únicamente a un 20 por ciento en su totalidad y un quinto del producto interior bruto, lo cual es una barbaridad evidentemente para estar concentrados en un solo

El proceso revolucionario de Nicaragua

grupo familiar, pero no es la imagen que se tenía de Nicaragua como una hacienda de Somoza. Entonces yo creo que realmente en Nicaragua hay una posibilidad de mantener una inversión privada suficientemente productiva para el empresario. El problema es que ciertamente no tienen los empresarios un poder político actualmente sobre la planeación y conducción de la economía, pero sí tienen un poder negociador del Estado revolucionario.

Evidentemente, en un momento en que desde el principio del proceso revolucionario, prácticamente al cabo de 18 meses de proceso revolucionario, se vio bastante clara la intención de los EE.UU. de intentar derrocar el régimen revolucionario y revertir el proceso revolucionario en Nicaragua y hacerlo retroceder, esto introduce en los empresarios una expectativa de que el actual proceso no es más que un compás de espera. Esto probablemente les ha dado una psicología de descapitalización, de no interés en la inversión. Entonces, durante este tiempo no han aprovechado las oportunidades que tienen para hacer producir su capital con una ganancia relativa. Podríamos decir en términos de una tradición patristica, de una tradición de la doctrina social de la Iglesia, que en el proceso nicaragüense los empresarios, los grandes empresarios privados, están llamados a ser más bien administradores de su propiedad que grandes capitalistas en el sentido moderno.

P.: ¿Qué opinas sobre la actual reforma agraria nicaragüense?

R.: *La reforma agraria nicaragüense empezó fundándose en las tierras expropiadas al grupo de Somoza y comenzó orientándose hacia grandes empresas agrícolas que mantuvieran las unidades de producción eficientes que Somoza tenía estatizándolas. En este sentido, al comienzo hubo poca respuesta a las aspiraciones tradicionales del campesinado nicaragüense. En 1981 comenzó el fomento de la propiedad estatal, dentro del área que se llamaba de propiedad del pueblo. Pero aún esta reforma dentro de la misma reforma agraria no llegó a llenar las expectativas de alrededor de un 30 por ciento de la población de Nicaragua, de los cabezas de familia productivos que son población de pequeños productores rurales, que esperaban la posibilidad de obtener una parcela familiar.*

En 1985, la reforma agraria dio un nuevo vuelco y el Estado ha estado desestatizando la reforma agraria. No se ha continuado expropiando, más que en el caso de haciendas o latifundios absentistas o muy poco productivos, y, en cambio, se ha estado desestatizando algunas de las grandes propiedades menos productivas del área estatal y entregándolas en forma de parcela familiar, procurando, al mismo tiempo, darles a los campesinos una atención mucho mayor, no sólo en términos de crédito, sino en términos de pequeños —siempre hay que recordar el enorme subdesarrollo de Nicaragua— aportes tecnológicos de herramientas; también procurando, a través de todo este proceso, rehacer el balance campo-ciudad, de manera que

El proceso revolucionario de Nicaragua

hoy podemos decir que en Nicaragua es mucho más crítica la situación económica en la ciudad capital que lo es en el campo. El campo se encuentra mejor abastecido que la capital. Esto significa en realidad una revolución mucho más grande que la misma reforma agraria, como inicialmente se proyectó, porque significa el cambio en las tradicionales relaciones de explotación de parte de la ciudad con respecto al campo.

P.: ¿Qué piensas de la moral de trabajo que infunde el sandinismo en el pueblo?

R.: *Este es un punto en el que nosotros tenemos críticas. Nosotros creemos que, a nivel de formulaciones, es muy clara la doble consigna de prioridad en estos momentos a la defensa nacional frente a la agresión de la contrarrevolución ayudada por los EE.UU. y la otra consigna de la prioridad de la producción. No creemos, sin embargo, que en la práctica se están pasando las consecuencias reales de estímulo a la producción económica que serían necesarias. Creemos que es en este momento inminente —no sabemos cuánto durará el paso todavía hasta que se materialice realmente este plan— pero creemos que es inminente un paquete de conjunto económico que transforme los incentivos hacia la producción. Tiene que ser un paquete que tenga elementos financieros, de reforma de la moneda, probablemente devaluación de la moneda. Tiene que ser un paquete que resalarice la economía y, por consiguiente, dé incentivos verdaderos para el proceso productivo. Probablemente tendrá que tener durante algún tiempo un elemento de congelación de precios eficazmente apoyado por algún medio de control. Es muy difícil hacer esto, sin al mismo tiempo, en momentos de escasez, provocar el mercado negro, como lo tenemos en este momento. Tiene que ser también un paquete que asegure mucho más los canales seguros de acceso de una canasta mínima de bienes a los sectores populares de la población. Tiene que ser, al mismo tiempo un paquete que reorganice la orientación hacia la exportación de la economía agrícola nicaragüense; un paquete que ofrezca a los países del mundo de diferentes tendencias, a los países de la Comunidad Económica Europea, a los pequeños países europeos no insertos dentro de la EE —me estoy refiriendo sobre todo a los países escandinavos—, a los países árabes, a los países latinoamericanos y a los países socialistas una participación en el comercio internacional de Nicaragua que permita tender hacia una diversificación de la dependencia. Porque, evidentemente, una país periférico como Nicaragua, pequeño, sin enormes riquezas, no puede pensar en una independencia económica absoluta. Finalmente, tiene que ser un paquete, creo yo —no he tocado todos los puntos, p. ej., el punto de la infraestructura y de su reposición pasito a paso es muy importante— pero tiene que ser un paquete también que asegure la autosuficiencia alimentaria.*

P.: Finalmente, ¿qué opinas sobre la militarización del sistema sandinista?

El proceso revolucionario de Nicaragua

R.: *Es un gran peligro, es un riesgo; ahora es un riesgo, digamos, no planeado, no querido; es el riesgo de un país que se encuentra negado en el mayor bien que buscó después de su revolución triunfante, que fue la posibilidad de reconstruir su economía, su vida política, su vida cultural, en paz. La paz le ha sido negada a Nicaragua desde prácticamente año y medio después del triunfo revolucionario. Supuesto que ya llevamos ocho años en este proceso, quiere decir que hemos tenido prácticamente seis años después de una guerra de insurrección muy dura y que dejó detrás de sí 50.000 víctimas y cerca de dos mil millones de dólares de costo en pérdidas materiales, hemos tenido seis años y medio de acoso militar que no permite al país vivir en la reconstrucción de esa paz.*

Te voy a dar un dato que puedes comprobar en los anuarios del Banco Mundial. En 1981 el BM afirmó y probó, base a proyecciones, que si a Nicaragua se le permitía mantener los programas económicos tal como habían sido diseñados en el año y medio primero de revolución, hacia 1990 estaría en capacidad de empezar un despegue hacia el desarrollo. Hoy, después de todo este tiempo de guerra impuesta, no querida, lo que estamos padeciendo es el retraso de estas posibilidades de desarrollo, probablemente por décadas.

En este contexto, ciertamente la introducción del servicio militar obligatorio en culturas como las centroamericanas que sólo han conocido ejércitos mercenarios o ejércitos cuyo reclutamiento, a pesar de los mandatos constitucionales de no discriminación, se hacía a lazo, pescando a campesinos e indígenas pobres, el servicio militar obligatorio supone un trauma en la tradición cultural de este país, representativo en este sentido de todo Centroamérica. Evidentemente, la priorización de los gastos de la defensa, con el porcentaje que antes comunicaba de más de un 50 por ciento del presupuesto entregado a la defensa, supone también en este momento una militarización de la economía.

No creo yo de ninguna manera que esto signifique la instalación en el país de hábitos militares militaristas. Nicaragua es un país en el cual hemos vivido en estado de emergencia, es decir, con algunas de las elementales libertades democráticas suprimidas por alrededor de seis años de los ocho que lleva el proceso; en diferentes grados de aplicación estricta de este estado de emergencia. Sin embargo, cualquiera que mire la situación en Nicaragua, puede descubrir que el estado de emergencia no es un estado de sitio, como los países latinoamericanos han estado acostumbrados a sufrir. La población no es el objeto del estado de emergencia, sino el objeto del estado de emergencia es la pretensión de actividades conspirativas aliadas con la fuerza contrarrevolucionaria.

El proceso revolucionario de Nicaragua

De hecho, en Nicaragua hay un grado grande de libertad de crítica popular cotidiana, hay un grado de movilización, de libertad de movilización de la población, tanto dentro del país como hacia afuera y desde afuera hacia dentro del país, completamente desacostumbrado dentro de estados de sitio habituales en América Latina. Y sobre todo, para cualquiera que haya vivido en los otros países centroamericanos, en Guatemala y en El Salvador, o para cualquiera que vivió la época Somocista —tal vez esto es lo más importante que tendría que decir, difícil de comprender en Europa porque hablamos de mínimos vitales— la policía y el ejército no son hoy fuerzas ante las cuales la población teme.

Naturalmente, en algunas de las zonas de guerra, que están muy apartadas de donde la mayoría de la población vive, la guerra introduce siempre condiciones de inhumanidad, a pesar de que ha habido mucho castigo de la violación de los derechos humanos. Hay mil miembros del ejército y de la policía sandinista hoy condenados algunos hasta a treinta años de prisión. En ningún ejército latinoamericano se da esto a nivel espontáneo. Podemos ver la tremenda oposición que ha causado en el ejército argentino el intento del régimen de Alfonsín de actuar justamente con la violación de los derechos humanos durante el régimen dictatorial de las fuerzas armadas. Es decir, creo yo que no hay militarización de la cultura, creo que no hay una idealización de la guerra; creo que no hay una mística de la violencia; creo que, si hoy llegara la paz, tengo la esperanza de que, cuando llegue, volveremos a una vida en que los factores militares se reduzcan a su tamaño normal.